

Hay un México desmesurado en 1822, cuando asume el poder Agustín de Iturbide, no por azar, emperador. Era la ex Nueva España y buena parte de la América central. En 1824, con la primera república federal, ya no era tan extensa. México mantiene sus territorios en el norte hasta perderlos en 1847-1848, en la guerra con los Estados Unidos. Arizona, California, Nevada, Utah, Nuevo México, Kansas, Oklahoma, se les conoce como «cesión americana». Nadie cedió nada, fue una invasión. La pérdida fue de 2 millones 100 mil km². Es decir, un 55% de su territorio.³²¹ Los encogimientos territoriales, en cambio, en el Perú son tanto de guerra como de negociaciones diplomáticas. Con la Guerra del Pacífico se pierde Arica y Tarapacá. Y con negociaciones y un poco de sentido común, se guarda a Tacna. No la perdimos como los mexicanos ante tropas de los Estados Unidos sino ante un país vecino que siempre había sido más pobre que el Perú. En fin, no siempre la diplomacia triunfa. Tenemos de vecino a un gigante, Brasil. La cuestión del Acre (1902) y el expansionismo brasileño le dan el mayor mordisco –después de la Guerra del Pacífico– al territorio peruano, 300 mil km². Los peruanos nos preguntamos ¿hasta qué punto nos seguiremos encogiendo?

40. *La salida de la colonia*

*«La Ciudad de México disfrutaba de tranquilidad cuando el 8 de junio de 1808 llegó la noticia de que Carlos IV había abdicado en favor de su hijo Fernando. Apenas se preparaba la celebración del evento cuando una nueva noticia alteró los ánimos: la corona había quedado en manos de Napoleón. Al estupor sucedió la preocupación por las consecuencias que el hecho tendría para Nueva España».*³²² Es así como la historiadora mexicana Josefina Zoraida Vázquez inicia el ingreso a la historia de esa nueva etapa que ella aborda desde esta premisa,

³²¹ Neira, Hugo, *¿Qué es nación?*, Fondo Editorial e Instituto de Gobierno USMP, Lima, 2013, Mapas mexicanos, pp. 326-327.

³²² Vázquez, Josefina Zoraida, «De la Independencia a la consolidación republicana», en: Escalante Gonzalbo, Pablo, García Martínez, Bernardo, Jáuregui, Luis, Zoraida Vázquez, Josefina, Speckman Guerra, Elisa, Garciadiego, Javier, Aboites Aguilar, Luis, *Nueva historia mínima de México. Una historia nueva e innovadora para el lector del siglo XXI*, El Colegio de México / Turner Publicaciones, Madrid, 2013, p. 139.

«la revolución de la Independencia». Sin duda revolución por los combates y el acto mismo de la insurrección, pero ¿social y económica? No obstante, hay que reconocerle el acierto a la historiadora Zoraida Vázquez: una noticia venida de España. Y un rey capturado, una crisis fortuita, y una dominación que vacila ante un hecho externo a la vida hispanoamericana. La corona que había regido los vastos dominios americanos quedaba acéfala de la noche a la mañana. Sabemos las repercusiones que eso tuvo. Las juntas de notables que en Buenos Aires y en Santiago apoyaron al virrey de turno contra el osado Bonaparte, una finta criolla para comenzar a cogobernar. La Independencia tuvo diversas causas. Y unas fueron fortuitas, y en otras, laboraba el viejo topo que derrumba imperios.

Conviene abordar este tema con brevedad. Y no desde los acontecimientos sino desde la *Geschichte*, la historia de la historia. Ante las causas de la independencia, un tiempo los historiadores se contentaron con el ejemplo de la revolución americana y francesa, la influencia de las ideas del Siglo de las Luces, o los abusos del régimen colonial. Es la versión clásica, predominó largamente. Una segunda corriente –sin negar esas causas– va reparar en la limitada influencia de los ilustrados, en la complejidad de las sociedades novomúndicas y en la ambición de los criollos. Sorprende, entonces, que el sector más rico sea el que se pone a la cabeza de la lucha por librarse de la tutela imperial. ¿Fue la independencia una guerra civil? En otro de mis libros, he tratado sobre *Las Independencias* (Fondo Editorial UGIV, Lima, 2010). No por azar he usado el plural. Hubo varias, las insurrecciones indias y la mayor de ellas, obra de un cacique, José Gabriel Condorcanqui, vencido por otro cacique, Pumacahua. Y las criollas, varias e impotentes. Luego llegaron los Libertadores. La salida de la colonia en el Perú no se organizó desde dentro.

Una tercera corriente explicativa se suma a las señaladas. Nuestros historiadores habían preferido los Libertadores, sus campañas, es decir, la historia política. La siguiente escuela pone el acento en los olvidados fundamentos de las sociedades. Inspirados por la escuela francesa de *Annales*, desdeñan la historia-batalla y hacen entrar en la escena histórica la economía, la sociedad y las mentalidades. Es entonces cuando se repara en las muy singulares condiciones en las que ocurre ese proceso de independencia. No se trata de movimientos anticolonialistas como los del Tercer Mundo en mitad del siglo

XX. Seamos sinceros, no hubo proyecto social o económico en esa revolución de elites. Lo que explica la deriva republicana. Por mucho que se insista en Bolívar, en realidad, el Libertador tenía un proyecto económico liberal, fuertemente impregnado del ejemplo de la Inglaterra y la América del norte que había conocido. Suponerlo un aplicado discípulo de Marx es un disparate. El autor de *El capital* nace en 1818, cuando Bolívar cabalgaba.

Ciertamente, fue una hora latinoamericana. Los Libertadores no dieron por culminada la independencia hasta batir a los españoles en Junín y Ayacucho, en los Andes. Después de esa victoria sobreviene la fragmentación de la América española. Y nacen estados nacionales rivales entre sí. Por otra parte, desde marxistas o quienes llanamente portan consigo una lectura crítica, se hace visible el triunfo criollo y sus consecuencias. Es una evidencia pero resulta grave no tomarla en cuenta: el siglo XIX republicano no disminuyó las diferencias jurídicas y de representatividad ciudadana con la masa de pobladores indios.

Este capítulo final no lleva el título del fin de la Colonia. Esa omisión es deliberada. Enunciar el fin de un estado de cosas es sumarse a la complicidad que da por adquirida la república. Del pasado colonial no se puede hablar como del zarismo o de la Edad Media. Ese algo que prescribe pero sin extinguirse del todo. La República no fue un tajo. Tenemos fundadas razones para pensar que lo que se llama la colonialidad continúa en los años republicanos. Y en variados aspectos de la vida social y económica hasta nuestros días. La colonialidad la continúa. Es más profunda de lo que pensamos. Se halla en las formas mismas de la sociabilidad, el peso de las tradiciones, el reparto del poder en función de contactos personales o familiares, todos los elementos desigualitarios heredados que no se modifican rápidamente y menos por decreto. Lo que ocurre entre 1808 a 1824, es una guerra por separarnos de España. No es el fin de las estructuras coloniales. Sin embargo, y pese a todo, ¡viva la República! Ahora bien, tras los gritos de Hidalgo en México y de San Martín en Huaura, ¿cómo llamar a lo que le sigue? Si no hubo ruptura, ¿qué fue entonces?

Mejor hablemos de una salida de la colonia. Salir sugiere dejar una morada por otra, con alguna reserva. Hay mudanzas, sin embargo, en que se trasladan

los mismos muebles viejos. En el Perú, se fueron muchas familias criollas, pero volvieron al poco tiempo. Los nuevos tiempos no acarrearón un éxodo masivo. Salir también es alejarse, abandonar, y no fue lo que ocurrió. La colonia había sido una manera de vivir. Y los hábitos tradicionales no solo perduran, se reproducen. Salir quiere decir quitarse, borrarse, y ese sentimiento sí fue muy compartido, la hostilidad a un cierto pasado: inquisición y títulos de nobleza fueron abolidos. Seamos sinceros, en estos atributos del 'salirse' se pudo observar sentimientos contradictorios, y es hora de decir que los hubo, conservadores y liberales se enfrentaron en la vida republicana.

Inspirada en las ideas de Rousseau, el acceso a la vida republicana no fue en ningún país suramericano el resultado de un plebiscito. Si algo de republicanismo hubo fue el de las Cortes de Cádiz, 1812, interrumpida por Fernando VII, no por azar llamado por el propio pueblo español «el imbécil». La independencia fue un hecho militar. Con la excepción del ascenso al poder de Iturbide, o del Brasil, que decidió una salida a cámara lenta del sistema monárquico. Nos acercamos en algunos países al bicentenario, en otros ha sido celebrado. Es un tema inmenso.

Aquí vamos a ceñirnos a la sociedad mexicana y peruana en la antesala de la independencia misma. Desde tres hechos, que no son contingentes y provienen de la cuenta larga. El primero, las reformas borbónicas, porque remecieron a ambas sociedades. El segundo, el balance comparativo entre México y Perú, demográfico, económico a fines del XVIII y comienzos del XIX, justo un poco antes de los cambios políticos. El tercero, lo que llamamos «la mentalidad tridentina», en su permanencia sobrevive al mundo colonial y coloniza la cabeza de gran parte de las elites hasta nuestros días.

1. Borbones y Reformas

Con las reformas borbónicas no hay sino dos maneras de tratarlas. O bien como un asunto español ligado al largo reino de Carlos III (1759-1788), a reformas que muchos toman como prudentes, o bien las de un representante del «despotismo ilustrado», o bien las de un soberano que escucha a sus

ministros innovadores, el italiano Squillace, o un gran señor aragonés como el conde de Aranda (que hará expulsar a los jesuitas). Carlos III y sus ministros compartían una idea, el regalismo, es decir la intención de recuperar el poder civil ahogado por el poder eclesiástico. «Las reformas borbónicas se aplican a una España donde hay prosperidad y la población había aumentado a 10.409.000 habitantes, la economía marchaba con la seda en Valencia y una vigorosa industria del algodón en Cataluña.» (*Encyclopædia Universalis*, 2004)

La segunda opción es tornarse hacia la aplicación del despotismo ilustrado a los vastos dominios americanos. A la decisión regalicia por el derecho de comerciar en las Antillas con la América del norte. A los cambios municipales que desplazan a los regidores. Sin duda es esa opción la que nos concierne. No sin dejar de decir, de entrada, que lo que más interesaba a la corona era aumentar los ingresos del Estado de Indias y mejorar las defensas militares del Imperio español en las Indias españolas, el criterio de José de Gálvez. Ministro de Indias, de 1776 a 1787. Sobre los años borbónicos flota un tema mayor, los años de guerra con Inglaterra. Y no solo en el Atlántico, se habían apoderado un tiempo de La Habana. No será solo el asunto administrativo lo que preocupa a los ministros ilustrados de Carlos III sino los recursos. De ahí, el vuelco en cuestión de recaudaciones y racionalidad económica aplicado a los virreinos. La historia sabe en que acaba todo eso. Pero los hombres no hacen la historia que ellos quieren. Los hombres y los reyes.

¿Cuáles fueron las reformas introducidas en México y Perú y cuál el resultado?

Lo primero que hay que hacer para entender a las reformas borbónicas es descartar que fue una decisión española que aterriza en México. Es al revés. La corona sospechaba de los muchos vicios de la administración indiana y para enterarse se sirve del sistema de visitas. Al Perú fue enviado el visitador Areche y a Nueva España a José de Gálvez, «para una inspección general de todas las cajas reales».³²³ La visita no fue una superficial, es de 1765 a 1771, o sea seis años. Cuando es nombrado Ministro de Indias, comienzan

³²³ Jáuregui, Luis, «Las reformas borbónicas», en: *Nueva historia mínima de México*, *Op. cit.*, p. 116.

las grandes correcciones. Son varias y conviene enumerarlas. Se establecen los intendentes y subdelegados que reemplazan a los tradicionales corregidores. Se incorporan a la corona los cargos más importantes de la Casa de la Moneda de México. Y se corrige el sistema defensivo, con una Comandancia General de las Provincias Internas (1776). La Habana en el año 1772 había sido ocupada por los ingleses. En la cabeza de los ilustrados ministros de Carlos III, las reformas militares iban de la mano con las reformas fiscales. No todo el tema reformista cabe en estos aspectos. También los reyes borbones llevaron gente ilustrada de las ciencias, las artes y la industria.³²⁴ Las reformas fueron varias.

¿Qué venían a ser los intendentes? Lo primero, eran una sustitución del personal político. «Los doscientos corregidores o alcaldes mayores de la Nueva España fueron reemplazados por doce intendentes dotados de poderes extensos, financieros, judiciales, económicos y militares»³²⁵. Lo segundo, una pérdida del poder del virrey. Y no dejaron de protestar. Un poder centralizado que respondía directamente a la corona. Lo tercero, funcionarios con salario. Tradicionalmente, los empleados de la corona no percibían ingresos, de ahí el repartimiento de mercancías, es decir se defendían como intermediarios comerciales en el Perú e imponían una serie de compras obligatorias a los indígenas. José de Gálvez había meditado sobre ese doble defecto, los ingresos reales confiados a particulares y el abuso de los repartimientos. Precisamente uno de sus proyectos, antes de ser Ministro, era «un plan de intendencias». Ahora bien, la sustitución, que iba en el sentido de una racionalización de la burocracia real, fue muy mal recibida. Los nuevos funcionarios, considerados leales y competentes, fueron dotados de un salario elevado —seis mil pesos— mayor que miembros de la Audiencia y de la jerarquía eclesiástica.

Del lado de la corona lo que se conseguía era la centralización del poder, en otras palabras, «que el cobro de los impuestos fuera transferido de manos particulares a los funcionarios del Rey».³²⁶ Sin embargo, el reformismo borbónico desempleaba parte de la elite local y en la fiscalidad que se intentaba salvar, provocaba un efecto perverso. Entre los que también consideraban inoportuno esas reformas se hallaba el propio virrey Bucareli, que le dio largas.

³²⁴ Jáuregui, Luis, *ibídem*, p. 114.

³²⁵ Weymuller, François, *Histoire du Mexique*, PUF, Col. Que sais-je?, 1980, p. 63.

³²⁶ Jáuregui, Luis, *ibídem*, p. 115.

Cierto, se incrementaron los ingresos del erario novohispano, «entre 1765 y 1804 las rentas reales se multiplicaron por cuatro»³²⁷ pero la carga administrativa aumentaba. Centralizar con funcionarios asalariados significaba nuevos gastos. Hay convencimiento entre los historiadores que la carga fiscal que soportaron los novohispanos fue muy pesada, y como ya no podía venir de los excesivos impuestos, la corona tuvo que recurrir a préstamos. Así, antes de la independencia, el rey pagaba intereses a los ‘recaudadores’, al consulado de México, al Tribunal de Minería, y «con la ayuda de sus intendentes, echó mano del dinero que se hallaba en las cuentas de propios y arbitrios, a bienes de comunidades indígenas, a montepíos» o sea ahorro de pueblos indios para su emergencia. A «dinero de funcionarios civiles y militares para sus viudas». Este dinero –termina Jáuregui– nunca fue reembolsado (ibídem, p. 130).

Aquí nos encontramos con una flagrante contradicción. Por una parte, hay un México de las Luces que tiene un crecimiento pimpante, entre 1770 y 1780. Se puede, en efecto, tener una imagen muy positiva de este periodo, para unos, ‘el Siglo de las Luces’, para otros, el de las ‘reformas borbónicas’. Como lo estamos viendo, muy controvertidas. Para los primeros, con el reinado de Carlos IV (el hijo sucesor de Carlos III) y el virrey José de Iturrigaray (1803-1808) según el historiador Luis González, «la Nueva España amplía su territorio y su población, se enriquece, cambia de sistema político, procrea un nuevo grupo social, se ilustra, se da cuenta de sí misma y se prepara para hacer vida aparte e independiente de la nación española».³²⁸ Por otra parte, en 1804 se da la ley de consolidación de los vales, que fue una primera desamortización de los bienes de la Iglesia, la cual, se comprenderá, le ganaba amigos pero también muchos enemigos.

¿Puede haber un periodo de progreso y a la vez de enorme desconfianza? Sin duda es posible, y la descripción de esta paradójica situación vivida por la Nueva España en la hora de las reformas borbónicas se asemeja enormemente a varias repúblicas suramericanas de nuestros días, en que los cambios del sistema producen olas de descontento al mismo tiempo que un auge general. El Siglo de las Luces mexicano era la creación en México del colegio de minas,

³²⁷ Jáuregui, Luis, ibídem, p. 129.

³²⁸ González, Luis, «El periodo formativo», en: *Historia mínima de México*, El Colegio de México, México, 1983, p. 73.

de la llegada de alemanes para mejorar la producción minera, de «la fábrica de explosivos de Santa Fe, del Jardín Botánico, la Escuela de Bellas Artes». ³²⁹ Se estimularon los santuarios, el de Nuestra Señora de Guadalupe, Nuestra Señora de los Remedios. La ilustración asoma en la arquitectura, el arte, en la cultura de la época, es el tiempo de la *Bibliotheca mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren. Pero, por otra parte, es el momento de la expulsión de la orden de los jesuitas.

«No fue una decisión que emanara de México», explica Jáuregui. Venía de España, era un golpe del regalismo contra la Iglesia. El tema sobrepasaba la realidad mexicana. Se trataba de un tema de *potestas*, saber quién podía juzgar a los miembros del clero que infringieran la ley civil. Lo que los mexicanos sintieron fue otra cosa. Había escuelas de jesuitas en 21 poblaciones de la Nueva España. Ciertamente, la orden jesuítica poseía propiedades urbanas y rurales (y sobre sus haciendas en Perú, Macera ha explicado lo eficientes que eran). Hubo, sin duda, la tentación de echar mano fiscalmente a sus bienes. Pero había otro motivo, inconfesable. Por su labor educativa, incomodaban. «Sus métodos convertían al educando en un pensador disciplinado». ³³⁰ Enseñaban ciencias y filosofía. En el siglo XVIII. El decreto que los expulsa es célebre. «Deben saber los súbditos del gran monarca que nacieron para callar y obedecer.» (El Rey de puño y letra).

En suma, varias reformas abrieron las puertas a innovaciones, al libre comercio, a la posibilidad de los intercambios neutrales (con los navíos americanos). Y el monopolio desaparece paulatinamente, y los dueños de minas y haciendas se beneficiaron, así como un sector elitario ante los nuevos usos y costumbres, «los hábitos de los de arriba se afrancesan, la ciudad se llena de casas palaciegas, y obtiene por primera vez la iluminación nocturna». ³³¹ Por otra parte, se estaba instalando lo que algunos llaman una «crisis de confianza». Acaso algo ocurría más intenso. «La enorme extracción de recursos que experimentó Nueva España durante la época borbónica habla de una economía que, a la vez que creció considerablemente, fue sangrada

³²⁹ González, Luis, *ibídem*, p. 76.

³³⁰ Jáuregui, Luis, *Op. cit.*, p. 122.

³³¹ González, Luis, *Op. cit.*, p. 76.

de ese crecimiento por las autoridades metropolitanas». ³³² En esos años, es de suponer que muchos mexicanos llegaron a entender que su país colonial era varias veces más rico que la metrópoli. Lo que surgía era un estado de conciencia. Un sentimiento nacional. Ese que, como en otros casos históricos, anticipa la aparición de una nación. Por lo demás, y paradójicamente, la ilustración que trajo consigo los virreyes y reyes borbónicos los hizo más cultos a los mexicanos, los puso en contacto con otras gentes, el comercio llamado neutral con los norteamericanos jugó un papel en ese cambio de mentalidad.

2. Reformas desde arriba y el Perú del XVIII

En el Perú las reformas borbónicas fueron un cataclismo. Creación de un virreinato en Río de la Plata. Comercio libre y reestructuración del hasta ese momento poderoso Consulado de Lima. Y como en Nueva España, sustitución de corregidores por intendentes. Esta última reforma, un Perú sin corregidores, es la que más ha llamado la atención, acaso porque se vincula con la llegada del visitador José Antonio de Areche en el momento de la insurrección de José Gabriel Condorcanqui, cacique de Tinta, más conocido como Túpac Amaru II.

a) Areche / Túpac Amaru II

Areche, un potente visitador, el alto funcionario para el Perú equivalente a un de Gálvez para México. El visitador llega en 1777, con secretario, subdelegado, fiscal y contadores. Sus funciones se extienden desde la superintendencia de hacienda a tribunales de justicia. Pesaba, en consecuencia, tanto o acaso más que el mismo virrey. ³³³

³³² Jáuregui, *Op. cit.*, p. 131.

³³³ Areche es un personaje desperdiciado por nuestra historiografía. Es cierto que era una figura altanera, se trajo abajo al virrey don Manuel de Guirior. La sentencia y los ajusticiamientos de Túpac Amaru y la persecución de sus familiares fueron crueles hasta el exceso, pero lo hubiese sido con otro funcionario real. Se olvida las opiniones de Areche

Antonio de Areche no podía reprocharle al cacique alzado su deseo de librarse de los corregidores, al contrario. La insurrección, sin embargo, no se iba a agotar en un tema finalmente administrativo. ¿Solamente un cambio de autoridades locales? Lo que se propuso Túpac Amaru II era más vasto. Lo suyo no era una revuelta sino una rebelión. Además de un gobierno que suprimiera la mita y devolviera la tierra a los indios, políticamente apuntaba a otra potestad. Al establecimiento de una monarquía india. Bajo su autoridad, los virreyes. Túpac Amaru II ha hecho que corriera mucha tinta. Y no es para menos, es el mayor acto rebelde de la larga historia de insurrecciones indígenas. Además, es la rebelión de un indio ilustrado. Condorcanqui había pasado por el Colegio de Príncipes, y sus demandas eran dignas de su ambición. «*Don José I, por la Gracia de Dios, inca, rey del Perú, de Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y el Continente de los mares del Sur, duque de la Superlativa, señor de los Césares y Amazonas, con dominio en el Gran Paititi, comisionado y distribuidor de la piedad, por el Erario, sin par, etc...*».³³⁴

Para el estricto estudio de las reformas borbónicas, no corresponde el episodio Túpac Amaru II. Esa revolución era en gran medida la consecuencia del orden antiguo, el de los Habsburgo. Viene a ser la sanción del mundo indio al sistema de dominación de los reyes Austria. Los borbónicos venían a corregir esa administración real anterior. La insurrección tupacamarista estalla a la vez que llegaban las reformas borbónicas. No hay relación de causalidad. Rebelión y reformas son simultáneas. Si dejan de haber corregidores en Perú no es por una respuesta a los sublevados en Tinta, Lampa y Azángaro. En México no hubo sublevación e igual se establecen intendencias. Ciertamente,

sobre la negligencia de los virreyes, «los indios están cuasi brutos. Solo se han cuidado en este Reino de sacar del indio toda la utilidad temporal posible, sin ponerle religión, costumbres, civilidad ni conocimiento». Era un reproche radical a los administradores españoles. Y no se puede ser más sincero que con estas palabras: «No han visto (los indios) sino tiranos corregidores, tiranos curas y tiranos todos los que han tratado con ellos». Y dice que Dios debe estar cansando de criollos y españoles, «de sufrirles sus iniquidades, sus omisiones y sus excesos». (Correspondencia al ministro de Gálvez). Casi se diría que le tenía simpatía al rebelde Túpac Amaru, aunque como funcionario y guerrero lo condenara a muerte. Una obra de teatro los presentaría como enemigos, en el fondo de la cuestión, de acuerdo. El repudio al sistema de corregidores y curas doctrineros.

³³⁴ Mesa Gisbert, Carlos D., Mesa, José de, Gisbert, Teresa, *Historia de Bolivia*, Editorial Gisbert, La Paz, 2012, p. 215.

el Perú de indios había sido sobreexplotado al punto que muchos virreyes estaban hartos de denunciar los abusos de corregidores sin recibir eco alguno en la metrópoli, Areche y sus reformas llegan tarde. También es tardío el levantamiento. La historia tomará, como siempre, caminos inesperados. Los intendentes no harán las reformas ni la independencia los caudillos indios. El caos creador de una independencia imprecisa llegará después del episodio Areche/Condorcanqui.

Ha puesto en la penumbra otros grandes acontecimientos el fuego de esas hogueras insurreccionales. Cuando se apaga la formidable revolución de Túpac Amaru II –que se continuó con Tomás Catari, Julián Apaza, y con el sitio de la Paz– las otras reformas borbónicas van a producir un retroceso notable de la economía colonial, y una cierta pauperización en las clases dominantes, como lo observa el viajero Humboldt. A diferencia de México, el virreinato del Perú a fines del XVIII presenta un cuadro sombrío, entristecido. Se entenderá que muchos criollos, al menos en Lima, se pegaron a Abascal y a los últimos virreyes, militares como La Serna. Una clase ennoblecida entre dos terrores: el indio alzado y el implacable visitador. ‘Si gana Túpac Amaru, malo, malo. Si vence el Visitador, peor, peor’.³³⁵

b) Borbones y el Perú

Es difícil decir cual fue el motor mayor de la modificación introducida por la reforma borbónica en Perú. Si las consecuencias de otro virreinato en el sur, el de Río de la Plata. O bien la alteración de las reglas del juego del sistema comercial colonial. Prosigamos más bien con este.

Había un sistema establecido. El comercio de importación de manufacturas europeas era un monopolio. La flota de galeones que provenían de Sevilla, llegaban a Portobelo y Panamá. Ahí iban para abastecerse los comerciantes

³³⁵ Los apóstoles de la rebelión de Túpac Amaru II son tan interesantes como su caudillo. Diego Túpac Amaru y su extraño proceso. Simón y Lorenzo Condori, Tomás Catari, los que sitiaron la Paz, los letrados que los siguieron. El mestizo Lasso de la Vega, que se sublevó en 1781 y mató a un corregidor. No se levantó solo el sur sino el Alto Perú.

del Consulado de Lima. Eso había dado a la capital un lugar importante en el comercio transmarítimo. Buenos Aires y Chile se servían de este diseño que satisfacía tres clientes. A la corona porque condenaba a las economías coloniales a exportar materias primas. En la importación también se contaba cierto tipo de alimentos, como el vino. El segundo grupo era la elite comercial limeña. Mejor dicho, el Tribunal del Consulado. El tercero la elite exportadora y compradora de metales preciosos, situada en Sevilla. En cuanto al Perú del interior y su mercado, el esquema comercial vinculaba el Callao con Huancayo o Huancavelica o el Cusco mediante las rutas de arrieros.

El monopolio no fue eficaz. Por una parte, no satisfacía la demanda interna de las clases altas. Por la otra, como todo monopolio, creaba su contrario. La colonial fue una economía devorada por el mercado negro, el comercio ilícito y el contrabando. Participaban en el contrabando los piratas ingleses, holandeses y franceses. Era normal que desembarcasen ilegalmente mercaderías en las largas e interminables costas del Pacífico. En las memorias de muchos virreyes, antes de las reformas borbónicas, dicen claramente que el contrabando era imposible de combatir, los propios comerciantes locales, españoles y criollos lo practicaban. «No solo se contrabandeara en los puertos con mercadería de venta prohibida, sino aun con la permitida se escamoteaba el pago de impuestos de alcabala o almajarifazgo. [...] Todos los funcionarios llegaron a estar coludidos. Aun los jueces recibían un apropiado soborno como estipendio. Cuando se enviaban nuevos inspectores de confianza, muy rápidamente eran corrompidos». (Eugenio Alarco, *El hombre peruano en su historia. 'La historia negra de la Colonia'*, tomo VIII, Lima, 1994, p. 60).

El fisco real perdía una suma incalculable de ingresos. La modificación del Consulado y el comercio, sin embargo no llegan de golpe. Desde 1739, ya con los Borbones, «se había cancelado el viejo sistema de Galeones a Tierra Firme». ³³⁶ En 1774, una real cédula restablecía la libre navegación entre Perú, España y la América central. Y en 1778, se da una norma, Reglamento de Aranceles y Comercio Libre. Se desmorona un sistema comercial.

³³⁶ Flores, Ramiro, «El Tribunal del Consulado de Lima frente a la crisis del estado borbónico y la quiebra del sistema mercantil (1796-1821)» en: O 'Phelan Godoy, Scarlett (compiladora), *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*, PUCP/ Instituto Riva-Agüero, Lima, 2001, p. 139.

En las decisiones en la corona no obraban solo motivos regionales sino internacionales. Esa fecha coincide con el cese de hostilidades entre Inglaterra y España, señala Ramiro Flores. Y lo que indica es importante. La vida comercial en Lima se caracterizaba por ser escasa y suntuosa. Con las restricciones de la administración de los Habsburgo, lo normal era el desabastecimiento. Con el comercio libre, en cambio, se produce «una sobreoferta de productos y la consiguiente reducción de los márgenes de ganancia».³³⁷ El monopolio del Consulado limeño, hasta entonces, funcionaba sobre un reparto riguroso para las provincias. Con la reforma viene un tiempo de abundancia de géneros extranjeros, pero esto trajo nuevos problemas a la elite comercial peruana.

La opinión de este grupo se dividió. Carmen Parrón ha investigado sobre el conflicto de dos grupos.³³⁸ Los que eran favorables a esas novedades borbónicas, un grupo compuesto de mercaderes criollos y peninsulares instalados en Lima, bajo la dirección del comerciante vasco Antonio de Elizalde. Y por otro lado, los comerciantes independientes, estos solicitaron medidas proteccionistas. En ellos estaban los llamados Cinco Gremios Mayores de Madrid y la Compañía de Filipinas. Y también parte de la aristocracia mercantil peruana. Criollos y españoles estaban en uno y otro bando. Entre los proteccionistas, la comunidad mercantil arequipeña, siguiendo al respectivo bando limeño. Lo que describe la investigadora es un conflicto entre aperturistas de mercado y controlistas, un campo de conflicto que se va a repetir en los primeros años de la joven república, y que se halla en las *Peregrinaciones de una paria* de Flora Tristán, cuando la viajera nos reporta las opiniones del caudillo San Román en la materia. Es un proteccionista, una suerte de protonacionalista, mientras que Flora, en ese momento de su vida, prefiere la apertura de las fronteras al comercio internacional.

En suma, el reformismo comercial desequilibra social y económicamente a una capa alta de la sociedad colonial peruana. La historiadora Perrón supone que el desorden con que se distribuía registros de comercio, «estaba basado en privilegios exclusivos de comercio que recaían en pocas personas muy

³³⁷ Flores, R., *ibídem*, p. 140.

³³⁸ Parrón Salas, Carmen, «Perú y la transición del comercio político al comercio libre, 1740-1778», en: *Anuario de Estudios Americanos*, tomo LIV, vol. 2, 1997, pp. 447-473. Citado por Flores, *Op. cit.*, p. 139.

bien relacionadas con el poder». ³³⁹ El comercio peruano continuaba con unas estructuras muy diferentes y entre ellas, antagónicas. Empresas de familias, compañías locales y representantes corporativos del exterior sevillano. Hasta las reformas borbónicas, el poderoso Tribunal del Consulado fijaba las mercancías importadas, regulaba los aranceles, fletaba los navíos, abastecía –mal que bien– los diversos mercados, y además, actuaba como banco. Fue suprimido en 1822. Se creó entonces una Cámara de Comercio. Pero como la tradición es potente en nuestro país, lo restablecen en 1829 y muere definitivamente en 1886. Después de la guerra con Chile!

¿Por qué se decide crear el virreinato del Río de la Plata (1776)? Puede tomarse como un agravio al Perú, así lo sintieron muchos. El tema era más vasto que el número posible de virreinos, audiencias y capitanías. Lo que querían en Madrid los ilustrados era cambiar la totalidad del esquema. José de Gálvez había visitado México y Antonio de Areche fue visitador general para el Perú pero también para Chile y Buenos Aires. Hay que partir, pues, de la impresión que pudo dejar en el ánimo de estos altos funcionarios la laxa y defectuosa administración que encontraron en unos y otros territorios. Hay que recordar que el Consejo de Indias había dejado de existir. En su lugar lo reemplazaba, para las Indias, un Ministro. Se puede apreciar el deseo de ejecución. ¿Y quién lo era? Nada menos que uno de los visitantes, de Gálvez. Que lo hemos visto poner de cabeza a la Nueva España. Lo que va a seguirse no es su plan máximo. Quería de Gálvez comandancias generales y no virreinos. Se entiende entonces el sentido de las intendencias. Es una idea de la organización política de corte militar. Quedaron virreyes, pero restringidos más que nunca a labores políticas y militares, con un superintendente de la real hacienda. Y España se dota de fuerzas regulares. Acaso pensó en desembarcos de ingleses.

Uno de los serios defectos que los visitantes reales hallaron eran virreinos demasiado extensos. Fragmentar fue una idea regalicia, ¿para que cada virrey se concentre en asuntos de proximidad? Fuera lo que fuera, la ruptura territorial significó para el virreinato del Perú la pérdida de la Audiencia de Chacras. Al de Río de la Plata pasaron Paraguay, Tucumán, Santa Cruz de la Sierra,

³³⁹ Flores, R., *Op. cit.*, p. 139.

y también Potosí. Dicho de otra manera, la riqueza minera del altiplano se desconecta de Lima. El tráfico semidirecto que se tenía entre el Callao y Sevilla deja de tener sentido. La necesidad de racionalizar la gobernabilidad de los virreinos, propósito de la corona –centralización, espacios políticos más cortos– venía a herir el corazón misma del comercio y la vida económica peruana. Era el fin del monopolio comercial y la armada del mar del Sur. Todo lo que sigue de las reformas es menor. Incluso el hecho que los criollos se sienten discriminados, no son parte del contingente de intendentes. En cambio, aparecen guarniciones por todas partes, incluyendo el Callao. Ciertamente, se crea un ejército de línea, básicamente español. Como soldados reclutaron en las capas bajas, no necesariamente en la elite criolla. Basadre dice que entonces, el oficio de las armas se abre para gente «que quería escalar posiciones». Suponemos que entre ellos se halla Ramón Castilla, Gamarra, Salaverry, que luego se vuelven caudillos, después de Ayacucho.

Los borbones, es una conjetura, tenían los ojos puestos en la escena internacional. Y se prepararon para una guerra con sus rivales. Es visible el rearme de puertos y flotas de galeones para América española. Pero los cambios introducidos para mejorar las finanzas reales con un tráfico mercantil ordenado se desmoronan con el retorno de la guerra marítima. El reformismo comercial no pudo soportar el reinicio del bloqueo inglés. Entre 1798 y 1802, la exportación de géneros españoles a Indias alcanza un orden de cuatro a cinco millones de pesos. Cuando vuelve el bloqueo, en cinco años, unos 805 mil pesos. Es por ese momento que comienza a haber varias insurrecciones indígenas, y complots criollos. Manuel Ubalde, Aguilar. Los Angulo en Cusco en 1814. Esa guerra en los mares no es la suya. Por su parte, el poder virreinal era cada vez más pobre. La curva de caída de la Caja Real de Lima de 1860 a 1809 es impresionante. Según Hamnett, hay un momento, cuando San Martín guerrea en Chile que «la correlación de fuerzas favorecía a los rebeldes». Tenían «poderosos ejércitos profesionales para enfrentarse a los restos del poder español en América».³⁴⁰ Y pensar que la corona pierde sus dominios por querer reformarlos.

³⁴⁰ Flores, R., *Op. cit.*, p.164. Hamnett, Brian, *Revolución y Contrarrevolución en México y Perú*, FCE, México, 1978, p. 130 (citado por Flores).

Ese progreso no incluía a los españoles ni criollos que en esos reinos vivían. Al contrario, pasaban a financiar una hegemonía política española que ya no podía imponerse a las potencias europeas que eran capitalistas, y como Inglaterra, partidarios de otro tipo de administración. No fue en América donde se aplicó sino en sus colonias africanas y asiáticas. No hubo virreinos en esos lugares del mundo. La colonia no era ni una república ni una nación, mejor dicho, el propósito del «interés general» no podía estar en la concepción del poder de las autoridades regalias, y no se pensaba que el progreso de un país tenía que estar dirigido en primer lugar a sus sujetos, no a la salvación de una dinastía, la que fuese.

3. Virreinos. Nueva España y el Perú. ¿Cuál el era el más próspero?

La información estadística de Alexander von Humboldt

Hay un vals peruano que dice que «toda comparación es una ofensa». A esa música popular le tengo un gran afecto —le he dedicado páginas en un libro de ensayos— pero el fondo de la afirmación no lo acepto. Comparar no es ofender. Es el principio mismo de las ciencias sociales. Es indispensable una mirada retrospectiva y comparativa. El presente capítulo nos está colocado por azar en las postrimerías históricas de sendos virreinos, y al final de este libro. Y conocer claramente el estado global demográfico, económico y social de ambas sociedades a fines del XVIII e inicios del XIX. Es decir, en el periodo que es una transición entre la colonia y los primeros anuncios de independencia. Ahora bien, habituados como estamos a los estudios globales de nuestra era, realizados por entidades internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, esperamos resultados en torno al PBI o el per cápita. Esos indicadores no son posibles de obtener en sociedades preindustriales, ni las naciones europeas y los Estados Unidos de los días de Jefferson las usaban. La historia económica es una tarea posible pero farragosa y en general imprecisa. Felizmente, en el caso presente, tenemos acceso a una información confiable y plena de estadística. Recorre la América del norte y la del sur un joven sabio

venido de la Ilustración, Humboldt. Tenemos, pues, en la mano, el trabajo de alguien, que como dice Chevalier, sabía «medir, contar y comparar.»³⁴¹

Humboldt y Bonpland, un viaje científico interesado en la geología, la minerología, la botánica, la topografía de las regiones equinociales, o Nuevo Mundo, con paciencia germánica, ambos exploradores recorren el Orinoco, suben al Chimborazo, bajan a la costa peruana y miden la temperatura de las aguas del Pacífico. Y mientras Humboldt mide y toma notas, Bonpland levanta planos y dibujos hoy inapreciables. La ciencia europea de ese instante no se había todavía roto en especialidades. La suma total de esos esfuerzos es un libro que se llama *Cosmos*. Pero eran hijos de su tiempo, y su modernidad científica no era indiferente a las formas de las sociedades, a su economía. Alexander von Humboldt era un sabio total, con una unidad de pensamiento que pronto desaparecerá en Occidente, y tanto que después de la geodesia de los Andes, luego de volver a Berlín, se fue a hacer estudios comparativos en el Himalaya. Lo reunido de sus viajes americanos le llevan treinta años de ediciones. Había observado y recogido datos sobre la producción agrícola, minera, el comercio, el tipo de fortunas, los impuestos, los precios... Y mientras admira las ruinas incas y traza Bonpland el cuadro de las mismas, Humboldt se pregunta sobre los oficios. No es un viajero corriente. Humboldt cristaliza sus observaciones en precisos cuadros estadísticos. Ellos son, pues, la fuente directa de estas líneas. El *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle-Espagne*, sobre el reino de la Nueva España, fue publicado en 1808. Antes de los acontecimientos que llevaron a las guerras de la Independencia. Fue editado en francés, y en esa lengua fue republicado en 1811 y en 1825. La edición que manejamos es de 1997, siempre en francés.

¿Cuál era el virreinato más poblado y el más rico?

Para el caso de México o Nueva España, Humboldt se sirve, en primer lugar, de «*l'état de la population*» que le precede, obra de los intendentes

³⁴¹ Humboldt, Alexander von, *Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle-Espagne du Mexique*, Utz, tome 1 y 2, París, 1997. La cita viene del prólogo, del profesor François Chevalier.

y los gobernadores de provincias hecha en mayo de 1794. La intendencia de México capital era la más poblada con 1'162'856 habitantes, seguida de Puebla con 566'443, y seguida de unas 11 intendencias, el resultado total era de 4'483'529.³⁴² Sin embargo, el sabio Humboldt duda de esas cifras. La gente teme esos censos, dice, y les parece el anuncio de nuevos impuestos. El virrey conde de Revillagigedo, en efecto, había lanzado el censo pero en un estudio sobre la capital que él mismo había mandado a imprimir, la capital confesaba tener solamente 112'926 habitantes. El sabio alemán (que prefería escribir en francés, lengua en boga en sus días) recuerda los métodos utilizados para ciudades europeas, las tablas sobre el consumo, la comparación de bautizos y entierros, y eso conduce a calcular para México capital no menos de 135'000. «Un sexto o séptima parte del censo se queda en la penumbra». Rectificado por Humboldt el censo del virrey Revillagigedo, la población total reevaluada hecha la cifra de 5'200'000. Es la mayor de la América española, evaluada en 13'200'000.³⁴³

En cuanto al Perú, Humboldt calcula a la vez el virreinato y la «presidencia» de Chile. Sendos países daban 1'100'000. En la ratio entre población y territorio, Nueva España aparece con 49 habitantes por kilómetro cuadrado y tanto Perú como Chile, menos densos, con 33. Sin introducir el desorden, pasando rápidamente al tema económico, aprovechemos que Humboldt se interesa por la riqueza total de ambos «reinos». No hay medida del PBI, repetimos. Pero sí hay un par de indicadores globales y significativos. Cuánto se producía en minas de oro y plata. Y cuál era el valor de los productos y mercancías importados por el antiguo continente, en piastras.

³⁴² Humboldt, *Op. cit.*, tomo 1, p. 91.

³⁴³ Humboldt, *Op. cit.*, «Supplément», tomo 2, p. 825.

	Producto anual de minas	Valor en piastras
Virreinato de Nueva España	23 000 000	20 000 000
Virreinato del Perú + Chile	8 000 000	11 500 000

 FUENTE: *Essai Politique, Op. cit.*, tomo 2, p. 825.

Otros cuadros estadísticos o *tableaux* hacen visibles las diferencias entre ambos virreinos, a pocos años de que desapareciera la dominación española.

Exportaciones de colonias

	Valores en productos agrícolas	Valores en productos de minas de oro y plata
Virreinato de Nueva España	9 000 000	22 500 000
Virreinato del Perú + Chile	4 000 000	8 000 000

 FUENTE: *Essai Politique, Op. cit.*, tomo 2, pp. 728-729.

Disponemos de una información adicional. En ella, el *Essai politique* precisa quienes consumían en uno y otro reino. No era para la ciencia de la época un asunto importante, pero se entiende que Humboldt, venido de la lección moral y filosófica de la Enciclopedia, leía en esos datos la estructura social de sendas sociedades americanas. He aquí su información (reproducimos solo la parte de Perú y México, hay que decir que la cuestión incluye La Habana, Puerto Rico, Caracas, Buenos Aires).

HUGO NEIRA

Divisiones políticas:	Observaciones sobre el consumo:
Nueva España + Guatemala	Población total, 7 800 000. En la Nueva España 3 337 000 blancos y castas. El número de nativos e indios que no consumen mercaderías extranjeras se eleva a 2,5 millones.
Virreinato del Perú y de la capitanía de Chile	Población, 1 800 000. Solo para Perú, el censo da, en 1791: blancos, 130 000. Y mestizos, que consumen cuando tienen cierto nivel de holgura, 240 000. En Chile, muchos más blancos pero, en general, una vida simple.

FUENTE: *Essai Politique*, ibídem

La ciencia de la estadística puede ser un tanto cínica. Debe dar el resultado numérico sin juicios de valor. Es el caso cuando en el mundo en que vivimos, actualmente, damos el índice de corrupción de un país entero, de un régimen. Ni se condena ni se aplaude, y luego, si se puede, se explica. Todo, hasta el hampa, tiene una lógica social. Otro asunto es, pues, la hipótesis de combatirla por tal o cual procedimiento. Primero el dato real luego el cómo y el porqué. Todo esto para decir que Humboldt también había medido y contado el valor de la importación, incluido el contrabando. Era un índice, Nueva España de nuevo está a la cabeza, 22'000'000. Para el Perú y la capitanía de Chile, 11'500'000. No son datos que se encuentren en las mensuradas y alambicadas memorias de Virreyes. Y Humboldt pone a pie de página: «Las evaluaciones de estos cuadros se fundan en mis investigaciones personales».³⁴⁴

³⁴⁴ Humboldt, *Op. cit.*, tomo 2, p. 729.

Repetidas veces reaparece la comparación en Humboldt. Sabe el viajero de los problemas de la España de su tiempo, sus graves dificultades y la necesidad de recaudación, todo lo cual recaía sobre la cobranza de impuestos de sus colonias americanas. Lo que recaudaba el tesoro real de Madrid interesa por partida doble. Cuánto llegaba, tema más bien para hispanistas, y quién daba más impuestos, tema de americanistas. En lo que estamos. El aporte del virreinato del Perú –dice Humboldt– llegaba a algo como un millón de piastras. De la Nueva España, cinco a seis millones. Las otras regiones están lejos de ambas, Buenos Aires con seis a setecientos mil. Nueva Granada de cuatro a quinientos mil. En cuanto a Caracas, Chile, Cuba y Puerto Rico, «los ingresos eran absorbidos por el gasto interno». Tenían guarniciones y fortines, la guerra obliga.

Ahora bien, y visto desde la importancia de unos y otros puertos, la sombra del declinamiento del Perú en ese periodo borbónico se deja ver en las cifras que compara Humboldt entre el Callao y otros puertos. En Lima, dice, la importación es de 5 millones de piastras. En la exportación, incluidos los metales preciosos, indica, en un paréntesis, 7 millones de piastras. Superan al Callao el puerto de Veracruz, lo cual no es sorpresa (exportación: 22 millones). Sí, en cambio, el lugar del puerto de La Habana. Exportaban 5 millones de piastras, y por lo visto, sin metales preciosos sino con azúcar y café. E importaban por un valor de 15 millones. Estos datos están en otra obra de Humboldt, *Relation historique du voyage aux régions équinoxiales*, lo recuerda el autor. Los balances que ha hecho, explica, proceden de las declaraciones de aduanas.

Humboldt se ocupa de Nueva España porque las cifras y lo que ha visto lo invitan al optimismo. Sus cuadros estadísticos le convencen, algunos de ellos son anteriores a su visita, de 1690 a 1719, sobre el oro y la plata extraídos y su amonedación. Pero los resultados más impresionantes están en los que mide de 1690 a 1799. La plata mexicana ha pasado de 5 a 26. Y bajo otra contabilidad, de 4 millones de piastras al año 1695 a 24 millones en 1795. De donde resulta –dice– «que el producto ha triplicado en 52 años y sextuplicado en cien años» (*Essai politique, Op. cit.*, tomo 2, p. 569). La economía mineral de México había comenzado su auge antes del comercio libre y se había continuado, pese a las intervenciones de las reformas borbónicas.

En Perú la minería no había cesado, y se seguía acuñando moneda. Declinar no es desaparecer. Una manera de medir la producción, sabiendo que la minería dependía de Huancavelica por el azogue o mercurio, resultaba revelador examinar esa producción. Y es lo que hizo Humboldt. De 1570 a 1576, unos 9 137 quintales. De 1623 a 1645, unos 96 600 quintales, un pico alto. Y como sabemos que el agotamiento del azogue es de 1650 en adelante, cuenta mucho lo que Huancavelica sigue produciendo, aunque en menor volumen. Y estas son las cifras de Humboldt (*Op. cit.*, tomo 2, p. 580).

En 1790	2021 quintales y 37 libras
1795	4725 « 47 «
1800	3232 « 83 «

No se pudo recuperar a pesar de los consejos del baron de Nordenflycht, llamado por la corona a auxiliar a los mineros peruanos.

Lima no se paraliza pero el reino baja de rango. Entre tanto, la amonedación en la Casa de la moneda de Lima tuvo alzas y bajas. 1797, entre oro y plata, 5'099'930 piastras. En 1799, unas 6'008'831. En 1801, 4'851'983 piastras. En Perú continuaban a producir las minas de Yauricocha, llamadas también minas de Pasco y del cerro de Bombón, y las de Gualgayoc y de Chota, y de Huatajaya. Entre 1774 y 1802, Humboldt cuenta el número de lingotes de plata, de 182 a 267, con un total de 11'792 piastras. Pero nada de esto reemplaza a Potosí. Ni en producción ni en derechos reales ni en el número de mineros y de operarios. El fin del siglo XVIII es el fin de un tiempo.